

do para primer rey de la Francia (1). El celo que desde entonces me han profesado todos los monarcas franceses, atrajo sobre ellos y sobre su pueblo toda la ternura de mi amor. La Francia ha probado lo mismo que todos los demas estados del universo la vicisitudes de las épocas, pero jamás se ha sentado sobre el trono de Clodoveo y Carlo Magno la heregía, el mas terrible de todos los azotes. ¿Puede tener esta distincion otro principio que mi proteccion señalada en favor de un reino, cuya carta de ereccion descendió de la mansion de la Divinidad?

“Pero entre todos los soberanos que gobiernan esta milagrosa monarquía, me glorio especialmente de un príncipe que fué mi hijo predilecto. Sus virtudes le introdujeron en los tabernáculos eternos, y yo misma he colocado su estatua sobre mis altares. Este monarca ¡oh Luis! es el augusto tronco de vuestra rama, es vuestro padre. Vos partís con otros potentados del universo la gloria de ser descendiente de los héroes de la tierra, pero vos sois en Europa el único hijo de este héroe del cielo (2). Por este título me creo con derecho de llamarne vuestra madre. ¡Cuánto no he practicado por la prosperidad de vuestros abuelos y predecesores! Sin mis cuidados y mis tiernas sollicitudes, ¿se hubiese disipado jamas el error que seducia el alma escelente y franca del gran Enrique? Condolida yo de su ceguedad eché sobre él una tierna mirada al poner su pié en el trono; suspiré, derramé lágrimas, y bien pronto se arrojó en mis brazos. A no haber sido por mí hubiera pasado por un bravo guerrero, pero yo le hice tambien un gran monarca.

“Si, hijo mio, la grandeza sin mí no es mas que una quimera; sin mí no puede haber felicidad en los imperios. Los sagrados libros en los cuales están consignados mis oráculos, encierran las amenazas mas espantosas contra los soberanos que me tratan con indiferencia ó menosprecio.

“Observad, hijo mio, que ningun monarca de vuestra dinastía ha conseguido mas victorias, ha obrado tantas maravillas durante un reinado que pasó al mundo todo; ninguno ha recibido del cielo tantas prosperidades, ni corrido una carrera tan larga como brillante entre todos los soberanos de las edades pasadas y presentes, como aquel rey que, por un respeto generoso hacia mi culto, abatió con el trueno de su mando la heregía; ese rival ambicioso que me disputaba la adoracion de los franceses.

“Un rumor siniestro ha resonado en mis oídos, anunciándome que se os solicita, ó hijo mio, para comprometeros á que le concedais al presente algun favor, para tener derecho á pedir otros mil en adelante. Los fautores de mi implacable enemiga, irtentando conciliarla vuestro aprecio, han injuriado á mis sentimientos. Pero... ¿han olvidado acaso que os hayais ligado con los vinenos mas sagrados, habiendo jurado proscribir siempre en vuestros Estados á mi odioso rival?

“Con razon gozais, ó príncipe, de la reputacion que habeis adquirido como rey de entereza y probidad. A vuestra honradez natural repugnaria siempre el violar vuestra real palabra, comprometida con los soberanos vuestros

(1) Clodoveo ó Clovis es mirado como el primer rey de Francia: los tres que le precedieron solo reinaron sobre los franceses del otro lado del Rin.

(2) Aunque hay al presente cuatro soberanos de la familia de San Luis, tomo aquí la parte por el todo: al decir que el rey de Francia es hijo único de San Luis, entiendo la familia entera dividida en sus cuatro ramas, de las cuales la primogénita es la del rey.

“iguales, y aun con vuestros súbditos. ¡Y qué! ¿Seriais capaz de profanar el sagrado juramento que hicisteis á Dios bajo mis auspicios, y en uno de mis templos mas augustos, y con las manos puestas sobre los libros santos, en señal del consentimiento que prestásteis á este pacto solemne?

“El perjurio es un ultraje hecho inmediatamente á la Divinidad. Los tribunales humanos descargan las mas terribles penas contra el crimen de lesa magestad real; ¿qué castigo no reservará Dios contra el perjuro que ofende su Magestad Divina? Supuesto que sois superior á las leyes de vuestro reino únicamente os hallais encadenado por el lazo del juramento, que hicisteis á presencia de vuestros súbditos el dia de vuestra inauguracion: rompiendo este vínculo, pareceria que vos mismo enseñabais á disolver el que han hecho para someterse á vos; ¿no son el uno y otro igualmente solemnes y obligatorios?

“Temed, ó hijo mio, el sacrificar mis intereses á las ventajas temporales que se os hagan entrever; la verdadera sabiduría es la buena política, y yo soy únicamente quien da esta sabiduría (1). Ella será quien os enseñará á discernir el artificio de los que están á vuestro lado para ser patrocinadores de la heregía. Parece que no tratan sino de interesar en su favor la humanidad y la justicia; y bajo de este especioso pretesto únicamente los mueve esa secreta antipatía que me tienen, la cual los hace agitarse en contra mia. Considerad, hijo mio, el estado lamentable en que tiene sumido la impiedad á vuestro imperio. ¿Será prudente añadir una herida nueva á esa otra tan cruel?

“Dos causas incendiarias se encubren bajo la ceniza, amenazando incendiar vuestro reino: ¿quién sino un delirante podrá invitarnos á suscitar otra tercera? ¿Cómo pueden olvidar los soberanos, que nunca la heregía ha devastado mis dominios sin turbar mas ó menos sus Estados? ¡Qué prueba mas sensible y alarmante de esta verdad terrible, que el triste espectáculo que os ofrece en este momento una gran provincia limítrofe de vuestro reino! (2)

“Hace ya muchos años, hijo mio, que yo no pruebo en vuestro imperio sino desgracias y humillaciones. ¡Ay de mí, y qué rápidamente pasaron aquellos hermosos dias durante el apacible reinado de vuestros predecesores, cuando disfrutaba tranquilamente mis derechos, y recibia los sinceros homenajes de sus buenos vasallos! La monarquía francesa presentaba entonces el mas bello espectáculo; el concierto entre el sacerdocio y el imperio comunicaba una fuerza admirable á toda la máquina del gobierno; todo era entonces orden, calma y prosperidad. El monarca y el pueblo se veneraban, y en cambio hacia yo respetar la autoridad del soberano.

“Desde que los principios de un filósofo impio han sucedido á mis antiguas máximas, con que habia hecho yo misma florecer vuestro imperio, no he probado sino indiferencia y desdenes de parte de aquellos que debieran haber tenido algunos miramientos conmigo, aun cuando no fuera mas que por una política prudente. Desde aquel punto he sido el blanco de un nuevo

(1) Bossuet, Política sagrada.
(2) El Brabante. La coleccionen cuatro tomos que acaba de publicarse, contiene todos los documentos relativos á este negocio, y demuestra que los atentados principales cometidos contra la Religión en esta provincia, y que han reducido al último extremo á los habitantes del pais, han sido fraguados por la filosofía y el jansenismo, que, habiéndose mancomunado, se introdujeron ambos en este pais.

“ género de persecuciones. No se me han mostrado como otras veces los ca-
“ dalsos, no se han encendido las hogueras para intimidarme y destruirme,
“ sino que se han empleado contra mí una larga série de vejaciones combina-
“ das, tan lentas como tenebrosas. Los que han tenido valor para consagrar
“ su pluma á mi defensa se han visto precisados á sufrir las penas y dificul-
“ tades mas humillantes, al paso que todas las prensas de vuestro reino abor-
“ taban un diluvio de escritos impíos, que me ultrajaban con la mas grosera
“ impunidad.

“ Se han minado, se han echado abajo esos sagrados recintos que mis ma-
“ nos habian formado, en que los hombres consagrados al servicio de mis al-
“ tares cantaban las alabanzas del Eterno, y atraian con sus plegarias las
“ bendiciones del cielo sobre el monarca y su imperio,

“ Se ha separado á mis Pontífices de un empleo cuya importancia parecia
“ reservada á la dignidad de su carácter, y que atribuyendo á conciliarles el
“ respeto y el reconocimiento de los pueblos, hacia reflejar sobre mí los rayos
“ de este brillante ministerio.

“ Hasta mi autoridad en objetos de mi exclusiva jurisdiccion (1) ha tenido
“ que sufrir los mas bruscos ataques. Mis decretos han sido enervados por
“ una rivalidad sombría que, intentando arrancar á mis ministros el poder que
“ han recibido de lo alto, no les deja mas que la práctica de las virtudes, la
“ cual apenas se quiere respetar.

“ No contentos con haber turbado á mis prelados en su jurisdiccion, se les ha
“ hecho un desprecio aun mayor, despojándolos del mas brillante privilegio
“ que les habia adquirido el honor que tuvieron de ser los primeros en real-
“ zar el trono de Clodoveo. Con pretexto de aumentar el lustre y el decoro
“ del órden eclesiástico (aunque realmente nada mas que por atenuar el as-
“ cendiente que disfrutaban por sus luces y su preeminencia), se han confun-
“ dido el primero y segundo órden del Estado, de un modo que anuncia miras
“ tan profundas como siniestras.

“ Ya se disponen para abrogar la inmunidad de los bienes que forman mi
“ patrimonio y el de los pobres. Cuando se me haya despojado de mis pose-
“ siones, ¿quién me reemplazará en el ministerio augusto de consolar á los
“ desgraciados y enjugar el llanto de los menesterosos?

“ ¡Ah! y para darme el golpe fatal en esta guerra sorda que me han decla-
“ rado mis adversarios, os proponen, ó hijo mio, que introduzcáis, que autori-
“ ceis en vuestros estados la heregia mas terrible que jamas he combatido.

“ ¿Qué objetos tan desconsoladores para mí! Mi corazon sufre los mas pe-
“ nosas angustias; ¡ah! el cáliz, que en mis efigies simboliza mis atributos, es
“ la verdadera expresion del cáliz de dolor que apuro en este momento!

“ El Sumo pontífice, sentado sobre el trono de la capital del mundo cristia-
“ no, participa tambien de mis alarmas y de mis aficciones: en vos fija sus
“ ojos durante la espantosa crisis que está sufriendo. Lleno de amargura por
“ los cuidados que le causan casi todas las potencias católicas, ve al virtuoso
“ Luis XVI, el único monarca que aun no ha cometido agresion alguna con-
“ tra la tiara pontificia. Sus miradas, vueltas hácia vos en este mismo ins-
“ tante, os llaman para su consuelo, y desea ver un ángel tutelar en el hijo
“ *primogénito de la Iglesia*. ¿Tendrá valor vuestra alma sensible para afi-
“ gir la vejez del padre comun de los fieles, desencadenando al enemigo mas
“ implacable de la santa Sede.

(1) En materias espirituales.

“ Advertid, hijo mio, la turbacion y la inquietud que derraman el solo te-
“ mor de este suceso en el alma de los que siguen mi culto. Tiemblan al con-
“ siderar que va á salir pronto del santuario de vuestros consejos algun di-
“ ploma fatal en favor de la heregia: diploma que, aun cuando vaya modifi-
“ cado por el insidioso lenguaje de la tolerancia, no será sino una señal pre-
“ cursora de la guerra intestina que desgarraria bien pronto el seno de vuestro
“ reino.

“ O el proyecto de este desastroso decreto está ya determinado, ó no lo está:
“ sea lo que fuere, hijo mio, daos prisa á cortar por medio de una decision im-
“ periosa y solemne las crueles perplejidades que tienen acosados á vuestros
“ católicos vasallos. Esa incertidumbre es por sí sola un mal infinitamente
“ peligroso, porque mantiene la fermentacion de los ánimos.

“ Pero si el formidable decreto está ya escrito y firmado en el secreto de las
“ deliberaciones del Estado, ¡ah, hijo mio! yo os conjuro estrechándoos entre
“ mis brazos y anegándoos en mis lágrimas, á nombre de la ternura que me
“ habeis solemnemente prometido, á nombre de los servicios que presté á vues-
“ tro imperio, á nombre de vuestros mas caros intereses, á nombre de vuestra
“ propia gloria, de vuestra misma corona, de esa mano que empuña el cetro
“ de S. Luis; á nombre, en fin, del mismo Dios, por cuyo gracia os gloriais de
“ reinar, que rehuséis toda capitulacion, aun indirectamente, con una secta
“ que no tiene mas objeto que echar por tierra el altar y el trono.

“ La monarquía francesa debió su origen á un milagro que produjo la fé;
“ ¿estará reservado á la heregia llevarla á su esterminio?”

“ Pero... ¿qué otro espectáculo imponente acaba de presentarse á mi vista
“ en este mismo instante! Yo descubro una sombra que da latidos en vuestro
“ amante corazon; el *Germánico* de los franceses, cuya pérdida nos ha costado
“ tantas lágrimas, y cuyo recuerdo nos entenece todavia: el *Germánico* de los
“ Borbones, llorado hasta por las naciones extranjeras, y aun por los que no le
“ han conocido (1). Me parece que veo esta sombra augusta evocada de su
“ tumba, y que la oigo hablar en estos términos: “Estás sentado, hijo mio, so-
“ bre un trono que la naturaleza me habia destinado. A pesar de haber sido
“ cortado en la flor de mi vida, hice sin disgusto el sacrificio generoso de ella, y
“ de los altos destinos que podia esperar sobre la tierra, por la confianza de que
“ renacia en un hijo heredero de mis propios sentimientos. En mis escritos dejé
“ consignadas las lecciones mas saludables para guiar vuestra juventud; y
“ vuestra docilidad en seguirlas era mi mayor consuelo. Pero el temor de ver
“ disiparse en un momento mis dulces presagios, y el fruto de mis anhelos, ha
“ venido á turbar mi reposo, obligándome á interrumpir el silencio de la tum-
“ ba: el peligro que os amenaza, ó hijo mio, me ha hecho acudir en vuestro
“ apoyo. El trono que ocupais está rodeado de lazos, cuya sutileza se escapa
“ de la advertencia del monarca mas avisado: una larga resistencia á todo gé-
“ nero de seducciones fatiga el valor mas acreditado. Por tanto, vengo á pre-
“ veniros, ó por mejor decir, fortificaros contra la seduccion mas perversa entre
“ todas las seducciones. ¿Por qué se hace en vuestra presencia una cuestion de
“ estado sobre el llamamiento de una secta que empuñó la espada contra seis
“ predecesores vuestros, y que anegó la Francia en un torrente de sangre su-
“ miéndola en un abismo de males, cuyas horribles huellas aun no han podido

(1) *Extinguitur Germanicus, ingenti luctu provincia et circumjacentium populorum:
indolere externa nationes regesque.* (Tacit. Annal. l. 11, LXXII.) *Flebunt Germanicum
etiam ignoti* (ibidem, LXXII).

borrarse? Leed la historia: ella os asegura que estos sectarios son enemigos del régimen monárquico. Esta es una verdad cuya evidencia es irrecusable.

“Pero si no bastase la esperiencia de lo pasado para hacerlos abrir los ojos, ¿qué lección no tenéis á la vista en lo que está sucediendo? ¿En qué ocasion, hijo mio, se atreven á proponeros que abroguéis la proscripcion con que se logró abatir á estos facciosos, enemigos jurados de la autoridad real! En unas circunstancias en que la llamada filosofia, á manera de un espíritu maligno salido del averno, ha soplado por todas partes el génio del libertinage y la anarquía. ¿Cuál es, hijo mio, el estado actual de Europa? Por todas partes se oye un grito general de independéncia; y los tronos, socavados por la revolucion, se bambolean próximos á caer. ¡Mirad aunque no sea mas que el estado actual de vuestro reino! La manía de razonar sobre todo se ha entrometido por todas partes; y deseando reformarlo todo, no se ha hecho mas que suprimir y aniquilar. La Religion era aun mas antigua que la monarquía, y con todo se comenzó haciendo subir hasta aquella el crisol de la censura, y se ha venido á parar en poner á prueba la soberanía con todos sus derechos. Desde aquel momento todo se ha vuelto problemático en el orden político y religioso: la inquietud se apoderó de todos los ánimos; los vínculos que unian los súbditos con los reyes se han relajado insensiblemente, y se han dejado llevar del gusto de la independéncia. Un sistema republicano ha cambiado el curso de las ideas, ha sido adoptado en todos los escritos, y ha dirigido los votos y las deliberaciones en casi todas las corporaciones. Las cabezas se han escaldado, la fermentacion agita todos los espíritus, y va llegando á su colmo con amenazas de un trastorno general. Además, el chasquido de todas las partes de la máquina parece anunciar una disolucion, cuyo fatal presentimiento llena los ánimos de terror. ¿Y sufrireis, hijo mio, que durante esta crisis se delibere en vuestro Consejo, si será ó no conveniente dar pábulo á esta epidemia de libertinage y desenfreno, que reina en vuestros estados, introduciendo una faccion esencialmente republicana? ¿Será posible que vuestros consejeros se dejen tambien arrebatar de esa especie de vértigo y de atolondramiento?

Pues qué. . . ¿tan pocos desvelos os causan los negocios públicos, el gobierno de una vasta monarquía, el arreglo que estais practicando en la hacienda pública para aliviar al pueblo que tanto estimais, á impulsos de un sentimiento magnánimo en que reconozco mi sangre? ¿Pretenden acaso agravar aun mas el peso, haciéndoos consentir en la regeneracion de una secta inquieta y turbulenta, que bien pronto provocaria un nuevo germen de cuidados, que os asaltarían, acibarando la felicidad de vuestros dias y de vuestro reino?

Aun los gobiernos mas sábios se ven obligados con frecuencia á ceder á la exigencia de las circunstancias y de los acaecimientos, retrocediendo de sus pasos y destruyendo quizá planes trazados por una sabiduría consumada. Pero al presente, ¿qué necesidad es la que os da la ley? Aun cuando se admita que el memorable suceso practicado por Luis XIV haya producido los males políticos que se quieren pintar con tan negros colores, ¿habrá acaso razon para pensar que pueda tener alguna eficacia un remedio aplicado al cabo de cien años á unas llagas tan inveteradas? No por cierto; un tratamiento de esta especie, bien lejos de curarlas, no haria mas que enconarlas y ponerlas mas irritadas. ¿Pudiera la Francia comprar mas caras la unidad de su culto religioso y la estabilidad del régimen monárquico?

Para que os penetreis aun mas de esta verdad, ó hijo mio, recordaré á vuestra memoria las juiciosas reflexiones que habreis debido leer en uno de los manuscritos que os dejé como prenda de su ternura. Este monumento de familia, salido de la pluma de vuestro bisabuelo (1), deba escitar todo vuestro interés: “Es una cosa bien sorprendente la facilidad con que algunas personas se dejan mover por las mas frivolas razones, hasta el punto de dudar si seria ó no ventajoso el restablecer las cosas bajo su antiguo pié; por consiguiente, si se ha cometido ó no un error en lo que se ha hecho. Pero aun en la suposicion, bien falsa por cierto, de que se haya cometido, yo sostengo que seria aun mayor error intentar ahora deshacerlo; seria una necesidad seguramente el arruinar una fortaleza porque se hubiera gastado mucho en levantarla. Hay errores de los cuales es preciso saberse aprovechar; errores que no podrian repararse sino por medio de otras injusticias mayores. Tal seria esta operacion si se llegase á realizar.

“El llamar á los hugonotes seria lo mismo que decirles: Aquí sois precisos; os hemos hecho una injusticia, y por tanto tratamos de repararla. ¿Qué orgullo no inspiraria esta conducta á unos súbditos de tal calaña? ¿No se creerian entonces autorizados mas que nunca para entrar en composiciones con su soberano y aun para darle la ley?

“El llamar á los hugonotes seria lo mismo que meter en casa á los amigos de los adversarios de la Francia; y ¿qué? ¿Esos hombres que estaban en correspondencia con nuestros mismos enemigos, aun cuando se les dejaba tranquilos, serian mas leales con nosotros y menos aficionados á nuestros contrarios, ahora que tendrian motivos para mirar de reojo á los autores de sus desgracias, al mismo tiempo que para estar agradecidos á los que los acogieron durante su infortunio?

“El llamar á los hugonotes se miraria como un negocio, que debió ser y seria en efecto el resultado de las mas detenidas deliberaciones; y por consiguiente, ofrecer á la Europa una variacion entera de principios. En una palabra, el llamar á los hugonotes seria lo mismo que apartarse de esa política de firmeza que sostiene los imperios, ponerse en ridículo, y acarrear al Estado unos peligros que ni aun me atrevo á imaginar (2).”

“Ese peligro, que no podia aclarar mi abuelo en la oscuridad de los tiempos venideros, ¿quereis, hijo mio, saber cuál es? Voy, pues, á decíroslo: tan pronto como hayais rehabilitado el protestantismo en vuestro reino, el trono se hallará colocado sobre un volcan.

“Con todo, si á pesar de los avisos de un padre que os aprecia, y que no puede tener deseos de engañaros, insistiesen todavía algunas de las personas que os rodean en incitaros á favorecer el protestantismo, quiero sugeriros un expediente para alejar de vos tan pernicioso consejo. Invitadlos á que se comprometan por escrito y bajo pena de la vida á ofreceros, que si se autorizase á los protestantes para volver á Francia, no causarían turbacion alguna ni en la Religion ni en el Estado; y vereis al punto cuál se ponen pálidos todos esos fautores de la heregía.”

(1) El señor duque de Borgoña era padre de Luis XV, y abuelo del difunto señor Delín.

(2) Véase la Memoria del duque de Borgoña.